

Estar en tierra santa es asunto serio

2ª Samuel 6; 7; 1ª Crónicas 13; 15 - 17; 22;28.



Cuando Moisés se acercó a la zarza ardiente, Dios le dijo: «Quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es» (Éxodo 3:5). Nosotros estamos hoy día en tierra santa cuando nos reunimos para adorar a Dios, cuando estamos delante de Su santa presencia. ¿Nos daremos cuenta de ello? O, por el contrario, ¿nos hemos acostumbrado tanto a la adoración, que podemos pasar a la presencia de Dios sin ningún sentimiento de temor reverencial?

La adoración es, antes que todo, una respuesta a quién y qué es Dios. No se reduce a la ejecución de una serie de acciones obligatorias; es el reconocimiento de la persona y el poder del Todopoderoso. Hoy día oímos bastante acerca de la necesidad de que la adoración cambie, y no hay duda de que es necesario el cambio; pero es un cambio que se necesita no tanto en la forma como llevamos a cabo nuestros servicios, sino en nuestros corazones. Nos hemos convertido en gente superficial que precisan de animadores espirituales que inspiren en nosotros aunque sea una devoción nominal al Señor. Necesitamos reconocer una vez más que cuando nos acercamos a Dios, ¡estamos pisando tierra santa!

En 2ª Samuel 6; 7 (y pasajes relacionados de 1ª Crónicas) hay vívidos recordatorios de qué significa venir a la presencia de Dios. David, el varón conforme al corazón de Dios, tuvo necesidad de que se le recordara, e igual necesidad tenemos nosotros.

Durante los primeros días en los que David se desempeñó como rey, él había hecho lo suficiente para agradar a los hombres por toda una vida. Todavía andaba por los treinta, cuando ya había unido al país, establecido su capital en Jerusalén y demostrado que era un monarca justo e imparcial. Para David, lo anterior era solamente el comienzo. Había unido el norte con el sur; ahora deseaba unir al pueblo con Dios. Sin embargo, por más buenas que fueran sus intenciones, el rey David tenía mucho que aprender acerca de la adoración —y lo mismo nos pasa a todos nosotros.

Hagamos un recorrido por 2ª Samuel 6; 7 y 1ª Crónicas 13—17 para descubrir qué significa «estar en tierra santa».

LA ADORACIÓN ES ASUNTO SERIO (2ª S. 6:1—11; 1ª CR. 13:1—14)

El autor de 1ª Crónicas nos dice que después que David tomó Jerusalén, lo primero que resolvió fue traer el arca del pacto a Jerusalén. Su máxima prioridad era no solamente hacer de Jerusalén «la ciudad de David», sino la ciudad de Dios —volver a dar a Dios el lugar central de la nación.

«Y dijo David a toda la asamblea de Israel: Si os parece bien y si es la voluntad de Jehová nuestro Dios [...] traigamos el arca de nuestro Dios a nosotros, porque desde el tiempo de Saúl no hemos hecho caso de ella» (1ª Crónicas 13:2—3). En vista de que esta es la primera vez que leemos acerca de la expresión «el arca de nuestro Dios», se hace necesario conocer ciertos antecedentes.

Cuando Moisés estaba sobre el monte Sinaí, recibiendo los Diez Mandamientos, él recibió instrucciones para la construcción de un lugar sagrado de adoración que se llamaba el tabernáculo. Uno de los muebles que habría en el tabernáculo era el arca del pacto. El arca del pacto era un cofre pequeño, cubierto de oro, dentro del cual había tres artículos: las dos tablas de piedra en las que estaban escritos los Diez Mandamientos, una urna de oro que contenía el maná y la vara de Aarón que reverdeció. La tapa del arca también estaba hecha de oro y se le llamaba «el propiciatorio». Sobre la tapa había dos querubines hechos de oro, uno a cada extremo, con sus alas extendidas sobre la tapa y sus rostros mirando al propiciatorio. Otro detalle acerca del arca que debe mencionarse lo constituyen los anillos de oro que se pusieron en las esquinas inferiores del cofre. Por estos anillos se metían dos varas cubiertas de oro, con las cuales se transportaba el arca.

Después que el tabernáculo se terminó de construir, el arca del pacto fue puesta dentro del Lugar Santísimo. Solo el sumo sacerdote podía entrar en el Lugar Santísimo, y esto, solamente una vez al año, que era el día de la expiación. Ningún otro podía alguna vez ver el arca. Ninguno, ni siquiera el sumo sacerdote, había de tocarla. Cuando debía trasladarse el tabernáculo, los hijos de Coat (uno de los clanes de la tribu de Leví) habían de transportar el arca poniendo las varas sobre sus hombros. Note Números 4:15:

Y cuando acaben Aarón y sus hijos de cubrir el santuario y todos los utensilios del santuario, cuando haya de mudarse el campamento, vendrán después de ello los hijos de Coat para llevarlos; pero no tocarán cosa santa, no sea que mueran [...]

También note el versículo 20 del mismo capítulo: «No entrarán para ver cuando cubran las cosas santas, porque morirán». Tome nota mentalmente de las frases «no sea que mueran» y «porque morirán». Los artículos sagrados del mobiliario que estaba dentro del tabernáculo constituían una representación del concepto que encierra la frase «tierra santa». El más santo de todos era el arca del pacto.

Lamentablemente, con el tiempo, el continuo contacto con lo santo hace que lo santo parezca corriente. Puede sucedemos en la adoración. Les sucedió a los israelitas en relación con el arca del pacto.

Cuando los israelitas llegaron a la tierra de Canaán, el tabernáculo fue establecido en Silo. Un día, el ejército israelita vino a buscar el arca (1ª Samuel 4:4). En una batalla con los filisteos, cuatro mil israelitas habían caído (1ª Samuel

4:2). Llegaron a la conclusión de que si llevaban el arca a la batalla con ellos, «el Dios que estaba en la caja» sería un amuleto de buena suerte. A Dios no le agradó el profano motivo de ellos. En la siguiente batalla fueron treinta mil israelitas los que murieron, y el arca cayó en manos de los filisteos (1ª Samuel 4:10—11).

El arca estuvo con los filisteos durante siete meses y no les produjo otra cosa más que desdicha. Los ídolos de ellos fueron hechos pedazos, sus ciudades se llenaron de plagas de ratones y muchos de los habitantes fueron heridos con tumores.⁶ Los maestros de ocultismo de los filisteos aconsejaron al pueblo poner el arca (y presentes de oro) sobre un carro nuevo (note la frase «un carro nuevo»⁷) y enviarla fuera del país (1ª Samuel 6:7—8).

El carro en que iba el arca fue tirado por vacas hasta Bet-semes, una ciudad israelita que estaba justo dentro de los límites de Judá. Los israelitas se regocijaron de ver el arca —pero no hubo sentimiento de temor reverencial, ni sentimiento de que estaban en tierra santa. Los de Bet-semes se juntaron alrededor del arca, levantaron el propiciatorio para mirar dentro de ella. ¡Al instante, fueron heridos de muerte! (1ª Samuel 6:19). Llenos de terror, los ciudadanos de Bet-semes enviaron el arca a Quiriat-jearim, una ciudad que estaba a veinticuatro kilómetros de distancia. La pusieron en la casa de un hombre llamado Abinadab (1ª Samuel 7:1).

El arca estuvo allí durante el tiempo que restó del ministerio de Samuel, durante todo el reinado de Saúl y durante el comienzo del reinado de David. Habían pasado más de setenta años, en los cuales se le acumuló el polvo, cuando David dijo al pueblo: «Traigamos el arca de nuestro Dios a nosotros, porque desde el tiempo de Saúl no hemos hecho caso de ella».

David volvió a reunir a todos los escogidos de Israel, treinta mil. Y se levantó David y partió de Baala de Judá [otro nombre que se le daba a Quiriat-jearim] con todo el pueblo que tenía consigo, para hacer pasar de allí el arca de Dios, sobre la cual era invocado el nombre de Jehová de los ejércitos, que mora entre los querubines (2ª Samuel 6:1—2).

Para sorpresa nuestra, esto es lo que leemos a comienzo de 2ª Samuel 6:3: «Pusieron el arca Dios sobre un carro nuevo, y la llevaron de la casa de Abinadab, que estaba en el collado». ¿Sobre un carro nuevo? ¿Por qué pusieron el arca sobre un carro nuevo? ¿Informó alguien de que ese era el modo como había llegado el arca a la tierra de Israel? ¿Acaso fue que simplemente se consideró que esa era una manera práctica de trasladar algo voluminoso? A David y a los demás responsables se les olvidó documentarse. Como no sabían, o no reconocían, la importancia de hacer que el arca fuera transportada con varas por los hijos de Coat, los resultados fueron desastrosos.

A medida que seguimos la narración, leemos que «Uza y Ahío, hijos de Abinadab, guiaban el carro nuevo» (2ª Samuel 6:3b).

Y cuando [...] llevaban [el carro] de la casa de Abinadab, que estaba en el collado, con el arca de Dios, Ahío iba delante del arca. Y David y toda la casa de Israel danzaban delante de Jehová con toda clase de instrumentos de madera de haya; con arpas, salterios, panderos, flautas y címbalos (2ª Samuel 6:4—5).

Fórmese un cuadro mental de la escena. Un carro es un pequeño vehículo de dos ruedas —el cual es algo inestable. El arca estaba sobre una carreta, que era tirada cuesta abajo por bueyes. Ahío iba delante de la carreta, guiando a los bueyes, mientras Uza iba a un lado de la carreta para cerciorarse de que todo marchara bien. David y treinta mil más estaban danzando alrededor de la carreta, cantando, gritando y tocando instrumentos. ¡Menuda celebración! Dios debía de estar complacido, ¿verdad que sí? ¡Pues no!

De repente, la celebración se detuvo en seco. Cuando la procesión llegó a la era de Quidón, los bueyes tropezaron. La carreta dio tumbos, y el arca comenzó a volcarse. Movidó por un impulso, [...] Uza extendió su mano al arca de Dios, y la sostuvo; porque los bueyes tropezaban. Y el furor de Jehová se encendió contra Uza, y lo hirió allí Dios por aquella temeridad, y cayó allí muerto junto al arca de Dios (2ª Samuel 6:6—7).

Usted se preguntará: «¿Por qué mató Dios a Uza?». Usted dirá: «¡Pero si solo estaba protegiendo el arca, evitando que sufriera daño!». Usted no será el primero ni el último, en asombrarse por la ira de Dios y Su instantáneo ajusticiamiento. Sin embargo, ¿qué había dicho Dios en el libro de Números? Los hijos de Coat habían de llevar el arca usando varas de oro, así «no [tocarían] cosa santa, no sea que [murieran]» (Números 4:15; énfasis nuestro).

Nos asombra la historia de Uza porque tenemos una mentalidad como la de Uza. Damos por sentado que, cuando de servir al Señor se trata, son suficientes las buenas intenciones, que, siempre y cuando seamos sinceros, Dios aceptará lo que sea que le demos. Nadie acusó alguna vez a Uza de insinceridad, ni de tener un propósito pervertido; sin embargo, acabó completamente muerto.

En este momento crucial, cuando David estaba entregado al propósito de hacer que la nación volviera a tener conciencia de Dios, el Señor eligió dar un vívido recordatorio del hecho de que la adoración no es un juego, cuyas reglas podamos cambiar a conveniencia nuestra. Deseaba que ellos entendieran (y nosotros también) que la adoración es asunto serio, que no es poniendo nuestras propias condiciones como venimos delante de El, sino acatando las Suyas. Cuando venimos delante de Su presencia, debemos hacerlo con reverencia, con temor reverencial y con la más absoluta humildad.

Cuando Uza cayó muerto a sus pies, a David lo invadieron emociones encontradas. Primero, «David se enojó por haber herido Jehová a Uza» (2ª Samuel 6:8; NASB; énfasis nuestro). La reacción inicial de David fue de resentimiento y de frustración. Sin embargo, casi inmediatamente, David se llenó

de temor: «Y temiendo David a Jehová aquel día [...]» (2ª Samuel 6:9a; énfasis nuestro). Esta es la primera vez que leemos que David tuviera temor del Señor. Por último, David fue agobiado por la incertidumbre, pues dijo: «¿Cómo ha de venir a mí [alguna vez] el arca de Jehová?» (2ª Samuel 6:9b). La casa de Obed-edom geteo estaba cerca. David dejó el arca allí y regresó a Jerusalén, sacudiendo la cabeza.

Si somos sinceros con nosotros mismos, tendremos que reconocer que a menudo construimos nuestros propios «carros nuevos», esperando que Dios bendiga nuestra adoración, sea esta exactamente la que el Señor desee o no. Si el tiempo lo permitiera, podríamos hablar de los «carros nuevos» doctrinales que los hombres han construido para usar en la adoración de Dios hoy día: el quemar incienso y el encender velas en la adoración; el establecimiento de un sacerdocio especial o clase clerical para que administre la adoración, la sustitución de la Cena del Señor por la misa, el llevar a cabo la Cena del Señor solamente en ciertas ocasiones y en días que no son Día del Señor, el hacer que mujeres asuman papeles de liderazgo en la adoración colectiva, el uso de música instrumental en la adoración, y así por el estilo.

Sin embargo, hagamos esto lo más personal y práctico que podamos. Ni David ni Acán tomaron a Dios con suficiente seriedad. El carro nuevo representaba una falta de respeto y de temor reverencial por el Soberano del universo. ¿Acaso no es cierto que muchos de nosotros hemos construido nuestros propios carros nuevos de irreverencia? A menudo somos muy descuidados para acercarnos a Dios. Oramos, cantamos, leemos la Palabra de Dios y participamos de la Cena del Señor, adoleciendo de una gran falta de cuidado. Uza perdió su vida corporal por causa de sacrilegio. No lo dude; nosotros podemos perder nuestra vida espiritual.

[...] cualquiera que comiere este pan o bebiere esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor [...] Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí. Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen [es decir, están muertos] (1ª Corintios 11:27, 29—30).

Lo que debe asombrarnos no es que Dios mató a Uza; sino que no nos haya matado a todos nosotros. La adoración es asunto serio.

EL PREOCUPARSE POR LOS DETALLES NO EXCLUYE EL GOZO DE ADORAR (2ª S. 6:12—19; 1ª CR. 15:1—16:3, 7—36, 43)

Hay quienes opinan que el preocuparse por los detalles de «la ley» automáticamente hace que la religión se vuelva estéril, que el insistir en «la letra menuda» de las Escrituras hace que la persona se encierre en un esquema mental negativo, que la única manera de adorar gozosamente es adorando «espontáneamente», sin ninguna o muy poca consideración por los detalles que se encuentran en la Biblia. La conclusión de la historia del traslado del arca de Jerusalén demuestra que la anterior conclusión no es cierta.

Después que David dejó el arca en la casa de Obed-edom, pasaron tres meses. Fueron meses que David pasó muy ocupado. Empezó la construcción de su palacio; aumentó el número de miembros de su familia; libró varias decisivas batallas con los filisteos.

Al cabo de los tres meses, alguien vino a David y le dijo que la casa de Obed-edom había sido bendecida grandemente «a causa del arca de Dios» (2ª Samuel 6:12a). Cuando David meditó en las noticias y en el hecho de que su propia vida había sido bendecida durante el mismo período, llegó a la conclusión de que la ira de Dios se había aplacado. Decidió volver a tratar de traer el arca a Jerusalén. Sin embargo, esta vez hizo planes y preparativos apropiados. Lo primero que hizo fue que preparó un lugar especial: una tienda en Jerusalén, en la cual poner el arca cuando llegara a esa ciudad. Lo segundo, y lo más importante, fue que preparó a un grupo de personas especiales. Esta vez David sí se documentó. «Se sumergió en su antigua Biblia familiar» y la consultó para ver qué decía Moisés acerca del arca y, concretamente, qué decía acerca de transportarla. Descubrió Éxodo 25, Números 4 y 7, y Deuteronomio 10. Leyó que los hombres del clan levítico de Coat habían de transportar el arca, ¡levándola en varas que ponían sobres sus hombros!. David resolvió que esta vez se hiciera exactamente como Dios había dicho que se hiciera.

En la segunda parte de 2ª Samuel 6:12 se lee: «Entonces David fue, y llevó con alegría el arca de Dios de casa de Obed-edom a la ciudad de David». En 1ª Crónicas 15, se dan los detalles: «Entonces dijo David: El arca de Dios no debe ser llevada sino por los levitas; porque a ellos ha elegido Jehová para que lleven el arca de Jehová, y le sirvan perpetuamente» (verso 2). David reunió a 10 líderes de los sacerdotes y de los levitas y les dio las siguientes instrucciones:

[...] santificaos, vosotros y vuestros hermanos, y pasad el arca de Jehová Dios de Israel al lugar que le he preparado; pues por no haberlo hecho así vosotros la primera vez, Jehová nuestro Dios nos quebrantó, por cuanto no le buscamos según su ordenanza (1ª Crónicas 15:12—13).

Subraye las palabras «no le buscamos según su ordenanza». En otras palabras: «Dios no bendijo nuestra adoración porque no acatamos Sus instrucciones al pie de la letra». La «ordenanza sobre la cual hablaba David había sido dada por Moisés hacía más de quinientos años —per todavía era tan vinculante como el día en que se dio. Hay quienes creen que tenemos derecho incluso lo consideran mandamiento, de mejorar las ordenanzas de Dios «para adaptarlas a los nuevos tiempos». David aprendió —y nosotros tenemos que aprender— que sólo Dios tiene derecho de cambiar Sus instrucciones. Nosotros no tenemos ese derecho.

En el Nuevo Testamento Jesús dijo que dos cosas son necesarias para la adoración bíblica «Dios es espíritu», dijo, “y los que le adoran, e espíritu y en verdad es necesario que adoren” (Juan 4:24). Debemos adorar de conformidad con la Palabra de Dios (la verdad, Juan 17.17), debemos tener la actitud correcta

al hacerlo (espíritu). El espíritu de adoración es vital, pero también lo son los detalles que Dios ha estipulado. Debemos hacer lo correcto del modo correcto.

Esta verdad explica muchos detalles acerca de los servicios de adoración de las iglesias de Cristo. ¿Por qué celebramos la Cena del Señor el primer día de la semana todas las semanas, y solamente el primer día de la semana? ¿Por qué son solamente los hombres los que predicán y dirigen oraciones? ¿Por qué tenemos solamente música vocal, sin acompañamiento de instrumentos? Porque eso es lo que Dios nos ha dicho que hagamos en el Nuevo Testamento. Puede que alguien objete diciendo: «Pero eso es ser demasiado meticuloso. Obviamente a Dios no le interesan tales insignificancias». El relato de 2ª Samuel 6 y de 1ª Crónicas 13—15 ilustra que a Dios le interesan «insignificantes, mínimos y pequeños detalles» tales como anillos de oro, varas para transporte, cubiertas de arca y quiénes transportaban el arca. Si a Dios le interesan, ¡más vale que nos interesen a nosotros!

Sin embargo, la pregunta que nos estamos planteando en este momento es esta: «¿Excluye automáticamente el énfasis en los detalles el gozo de la adoración?». Terminemos el relato para responder esta pregunta. Cuando todo estuvo listo...

[...] Los sacerdotes y los levitas se santificaron para traer el arca de Jehová Dios de Israel. Y los hijos de los levitas trajeron el arca de Dios puesta sobre sus hombros en las barras, como lo había mandado Moisés, conforme a la palabra de Jehová (1ª Crónicas 15:14—15).

En 2º Samuel 6.13 se añade un fascinante detalle: «Y cuando los que llevaban el arca de Dios habían andado seis pasos, [David] sacrificó un buey y un carnero engordado». Tenga presente que nadie sabía si este segundo intento terminaría como el primero, ni si llegaría a feliz término. Si a mí me hubieran elegido para llevar el arca, lo hubiera considerado un dudoso honor. ¿Yo? ¿Llevar ese cajón que mató a Uza? ¡Me están tomando el pelo!

¿Puede usted imaginarse los chorros de sudor que les bajaban a los que se acercaron al arca? Extendieron tentativamente las puntas de sus dedos para tocar las varas, y después retrocedieron de un salto. Nada sucedió, así que se pusieron en posición, y muy cuidadosamente levantaron el arca y cautelosamente se la pusieron sobre los hombros. Como no sobrevino desastre alguno, con sumo cuidado levantaron un pie para dar el primer paso, preguntándose si sería el último. Dieron un segundo paso... después el tercero... el cuarto... el quinto... el sexto, y ¡todavía estaban vivos! Muy lentamente bajaron el arca, exhalaban el aliento que habían contenido, y rompieron a reír. ¡Esta vez todo iba a estar bien!

No solo había preparado David un lugar donde pondría el arca, y a las personas que llevarían el arca; sino que también hizo provisiones para un sacrificio. Allí mismo «sacrificó un toro y un ternero engordado» (2ª Samuel 6:13; NVI). Además de la ofrenda de David, los levitas hicieron un sacrificio especial, pues ellos entendían la trascendencia de este evento para su tribu: Dios estaba demostrando

que todavía estaba con ellos; que estaban siendo restituidos a su legítima posición dentro de la vida de la nación. «Y ayudando Dios a los levitas que llevaban el arca del pacto de Jehová, sacrificaron siete novillos y siete carneros» (1ª Crónicas 15:26).

Ahora todo estaba bien en su relación con Dios. Dios había sido glorificado no solamente en los corazones de ellos, sino también en la estricta observancia que hicieron ellos de Su voluntad. David se puso que no cabía del sentimiento de alivio de la culpa y del remordimiento.

Y David danzaba²⁷ con toda su fuerza delante de Jehová [...] (2ª Samuel 6:14).

De esta manera llevaba todo Israel el arca del pacto de Jehová, con júbilo y sonido de bocinas y trompetas y címbalos, y al son de salterios y arpas (1ª Crónicas 15:28).

¡Cuánto entusiasmo debió de haber habido cuando el arca del Señor entró en Jerusalén! David deseaba que todos supieran quién era el verdadero Rey de Israel. David no se puso sus vestiduras reales, ni marchó con dignidad real. En lugar de ello, llevaba puesto un manto blanco sobre una sencilla túnica de lino, y danzó alrededor del arca, alabando al Señor. Aunque ningún desfile recibió a David cuando hizo de Jerusalén su capital, ¡él quiso una entrada triunfal para Jehová!

Cuando llegaron a la tienda que David había preparado, el arca fue colocada con toda reverencia dentro de esta. Después David ofreció holocaustos por sus pecados y por los pecados del pueblo, además de sacrificios de paz [«de comunión»; [NVI] para celebrar el hecho de que la comunión entre Dios y Su pueblo se había restablecido. David compuso para esta ocasión un salmo sobre la honra, la majestad, la fuerza, la gloria y el poder de Dios. Este conmovedor cántico termina con las siguientes palabras: «Bendito sea Jehová Dios de Israel, de eternidad a eternidad» (1ª Crónicas 16:36a). «Y dijo todo el pueblo, Amén, y alabó a Jehová» (verso 36b). David extendió sus brazos y «bendijo al pueblo en el nombre de Jehová» (2ª Samuel 6:18). Después le dio a cada familia provisiones especiales, y se fueron todos a casa, regocijándose con la certeza de que Dios estaba otra vez con Su pueblo.

¿Echó a perder la estricta observancia de la ley la alegría de David y de los demás adoradores? No podemos leer la segunda porción de 2ª Samuel 6, con 1ª Crónicas 15; 16, sin que nos impresione el hecho de que la atención a los detalles no echó a perder la alegría, sino que la acrecentó. Las dos veces que David inició el traslado del arca a Jerusalén se llevó a cabo una celebración. La primera, no obstante, acabó en aflicción porque el pueblo no buscó a Dios «según su ordenanza». La segunda celebración acabó en gozo porque hicieron exactamente lo que Dios les ordenó.

El interés en la forma puede convertirse en formalismo, pero esto no es algo que deba suceder. Para los que se dedican a adorar a Dios en espíritu y en verdad, la observancia de la «letra menuda» de Dios puede ser una experiencia liberadora, más que inhibidora. ¡Cuando uno está seguro en su corazón de que su adoración agrada a Dios, uno es libre de adorar a Dios de todo corazón!

PARA QUE LA ADORACIÓN SEA SIGNIFICATIVA ES NECESARIO PREPARARSE (1ª CR. 15:2—24; 16:1—7, 37—42)

Antes de dejar atrás 2ª Samuel 6 y 1ª Crónicas 15; 16, permítame recalcar dos verdades importantes. La primera es que para que la adoración sea significativa es necesario preparar el corazón y la vida —sea la adoración individual o colectiva.

Anteriormente hicimos notar que David preparó un lugar para el arca, unas personas para que la transportaran y provisiones para el sacrificio. 1ª Crónicas 15:16—24 nos habla de la preparación. Se escogieron personas especiales para tareas especiales, del mismo modo que nosotros escogemos personas especiales que se encarguen de los diferentes actos del servicio de adoración. Además de preparar a los que transportarían el arca, los cantantes y los músicos proporcionarían música, y los guardas de las puertas darían seguridad para el arca. Digno de especial atención es el versículo 22: «Y Quenanías [...] fue puesto para dirigir el canto, porque era entendido en ello». Cuando planeamos un servicio de adoración, hagamos uso de lo mejor que tengamos; la adoración exige lo mejor.

Primero de Crónicas 16 dice que una vez que el arca estuvo en Jerusalén, David continuó la preparación —haciéndolo esta vez para la adoración diaria. «Y puso delante del arca de Jehová ministros de los levitas, para que recordasen y confesasen y loasen a Jehová Dios de Israel» (verso 4).

Ya alguien lo ha dicho: «Cualquier cosa que valga la pena hacerla, vale la pena hacerla bien». La mayoría de nosotros entiende este principio en otros campos de la vida. Es extraño, sin embargo, que creamos que podemos venir a adorar a Dios, sin pensarlo mucho, y que Dios todavía va a estar complacido. Tal vez nos acostamos tarde el sábado por la noche, nos levantamos tarde el domingo por la mañana, llegamos tarde al edificio, en un estado de confusión, y caemos agotados en una de las bancas de la iglesia —y así pretendemos que el servicio «nos resulte provechoso».

Para que un servicio sea significativo, debemos hacer preparativos. Es necesario preparar el lugar de reunión y la Cena del Señor. Los que dirigen cánticos y oraciones deben prepararse. El predicador debe prepararse. Cuando Pablo escribió sobre el servicio de adoración colectiva, esto fue lo que dijo: «Hágase todo decentemente y con orden» (1ª Corintios 14:40).

Una preparación más importante aún es la de cada uno de los adoradores. Estos deben preparar su corazón y su vida para poder presentarse delante del trono de Dios en condiciones para adorarle.

SI EL SERVICIO NO NOS PARECE PROVECHOSO, ES EN NUESTROS CORAZONES DONDE PRIMERO DEBEMOS BUSCAR LA FALLA (2ª S. 6:16, 20—23; 1ª CR. 15:29; 16:43)

La segunda verdad que deseo recalcar antes de pasar a 2ª Samuel 7 es esta: Si el servicio no nos parece provechoso, es en nuestros corazones donde primero debemos buscar la falla.

Esto es lo que leemos en 2ª Samuel 6:16: «Cuando el arca de Jehová llegó a la ciudad de David, aconteció que Mical hija de Saúl miró desde una ventana, y vio al rey David que saltaba y danzaba delante de Jehová; y le menospreció en su corazón». Usted recuerda la trágica historia de Mical. Saúl la dio a David; después, cuando David andaba como fugitivo, Saúl la dio a otro hombre. Cuando Abner negoció con David lo concerniente a la asunción de este como rey de Israel, David pidió que Mical le fuera devuelta. Cuando Mical fue separada del segundo esposo, este corrió detrás de ella, llorando, hasta que fue obligado a devolverse a su casa. Ahora asistimos a la conclusión de este poco agradable relato.

Cuando el arca pasaba por las puertas de la ciudad, Mical miró por una de las ventanas del palacio «y le menospreció en su corazón». Esto es lo que leemos en 1ª Samuel 18:20: «Pero Mical la otra hija de Saúl amaba a David». Ahora, sin embargo, ya habían pasado varios años y la llama del amor se había extinguido; sólo quedaban rescoldos apagados. Ahora lo «menospreciaba».

Después que la celebración terminó, David «se volvió para bendecir su casa» (1ª Crónicas 16:43). David estaba pasando por un momento emocional y espiritual muy importante; deseaba hacer partícipe a su familia del sentimiento. «Volvió luego David para bendecir su casa», pero fue recibido por una enfurecida Mical. Su voz sonaba llena de sarcasmo cuando dijo: «¡Cuán honrado ha quedado hoy el rey de Israel, descubriéndose hoy delante de las criadas de sus siervos, como se descubre sin decoro un cualquiera!» (2ª Samuel 6:20c). La palabra «descubriéndose» no necesariamente significa que David expusiera su desnudez (llevaba puesto un manto con un traje debajo de él). La frase clave es «un cualquiera»; a Mical le parecía que David se había rebajado al nivel de un cualquiera. Lo menospreciaba por las cosas que lo habían hecho grande: su identificación con el pueblo y su entusiasmo por Dios.

El semblante de David decayó; su entusiasmo se desvaneció. Respondió que era Dios quien lo había elegido y exaltado, de modo que lo adoraría con todo su corazón, aun si esto lo hacía parecer vil. Al final Dios lo reivindicaría a los ojos de todos.

Esta triste y breve escena termina en 2ª Samuel 6:23 con las siguientes palabras: «Y Mical hija de Saúl nunca tuvo hijos hasta el día de su muerte». M Esto

puede indicar que Dios la maldijo con esterilidad; o puede indicar que ella y David ya no vivirían como marido y mujer. Es probable que las dos posibilidades se dieran.

Es mucho lo que podríamos comentar acerca de este trágico drama doméstico y acerca de cómo las relaciones pueden ser destruidas. Por el momento, no obstante, quedémonos con el tema de la adoración. El traslado del arca a Jerusalén era uno de los más grandes eventos de la historia de Israel. Mical podía haber estado con la multitud que recibió la procesión que volvía a Jerusalén. Sin embargo, debido a la condición de su corazón, ni siquiera se inmutó ante esta grandiosa ocasión. Su única respuesta consistió en adoptar el papel de uno que critica, diciendo: «¡David, parecías un idiota allá afuera!».

El lanzarle críticas al servicio de adoración se ha convertido en un popular deporte en sala. En un sentido figurado, levantamos tarjetas de puntaje a los que dirigen el servicio y decimos: «Yo le doy un 6 al que dirigió los cánticos, un 3 al que dirigió oraciones, un 5 al predicador — ¡pero al servicio en general le doy un menos 2!». Es fácil caer en la trampa de adoptar una visión subjetiva de la adoración: «Si me gustó el servicio, fue bueno; si no me gustó, fue malo». Necesitamos que se nos recuerde continuamente que, antes que todo, la adoración es una respuesta del corazón al Señor. Si el servicio no me parece provechoso, es probable que el problema se encuentre en mi corazón, no en los que planearon y dirigieron el servicio. Que Dios nos ayude a no ser una Mical más que se mantiene apartada del servicio, con ojos de crítica.

EN LA ADORACIÓN LAS BUENAS INTENCIONES NO SON LO SUFICIENTEMENTE BUENAS (2ª S. 7:1—17; 1ª CR. 17:1—15)

Al avanzar a 2ª Samuel 7, nos encontramos con esta importante lección: Cuando de adorar se trata, las buenas intenciones no son lo suficientemente buenas.

Durante el período de tiempo que transcurre entre 2ª Samuel 6 y 7, David terminó de construir su palacio y peleó sus guerras. Al final, llegó un día en que David estaba relajándose, disfrutando de su nueva casa. No obstante, mientras miraba a su alrededor lleno de satisfacción, una inquietud le asaltó: «¡Vivo en una casa lujosa, mientras que el arca de Dios está en una tienda!». Llamó a Natán, que había llegado a ser su amigo, consejero y confidente. Cuando hizo partícipe a este de sus ideas, el profeta respondió con entusiasmo, diciendo: «Anda, y haz todo lo que está en tu corazón, porque Jehová está contigo» (2ª Samuel 7:3).

Esa noche, no obstante, Dios apareció a Natán en visión para decirle que se había precipitado mucho al aprobar los planes de David. Los dos debían haber consultado al Señor si el proyecto contaba con Su aprobación. Aquí hay lecciones para nosotros. La primera es que hasta amigos bienintencionados pueden extraviarnos, incluso los que tienen reputación de ser espirituales (Natán era profeta de Dios). La segunda lección (y la que recalamos en este momento) es

que aun cuando nuestras intenciones sean buenas, puede que nuestros planes no sean aprobados por Dios.

Frecuentemente ocurre que alguna persona razona en cuanto a alguna innovación del culto, diciendo: «Como mi intención es honrar al Señor, estoy seguro de que le agradará». Sin embargo, la única manera como podemos saber qué agradará al Señor es leyendo lo que El ha dicho en Su Palabra. Puede que creamos que esto o aquello agradará al Señor, pero, reiterando lo dicho, la única manera como podemos saber qué agrada al Señor es leyendo sobre ello en la Biblia.

Debió de haber sido difícil para Natán tener que volver a David, al día siguiente, para decirle: «¡Me equivoqué al animarte a este proyecto!». Natán, no obstante, era profeta de Dios —y el trabajo de profeta incluye tareas difíciles. Vino a David, y fielmente le dio el mensaje de Dios. El mensaje, que se encuentra en los versículos 5 al 16, es el pasaje más importante de 2ª Samuel, y uno de los más importantes textos del Antiguo Testamento.

Lo que Dios comenzó a decirle a David fue, en efecto, lo siguiente: “Yo no te pedí que me construyeras casa. Me ha estado yendo bien sin ella”. Claramente le dijo: «Tú no me edificarás casa en que habite» (1ª Crónicas 17:4; énfasis nuestro). En otras palabras: «Tus intenciones pueden ser buenas, pero esto no es lo que deseo».

Dios le dijo «no» al sueño de David por varias razones. Más adelante David dio el siguiente informe:

Mas vino a mí palabra de Jehová, diciendo: Tú has derramado mucha sangre, y has hecho grandes guerras; no edificarás casa a mi nombre, porque has derramado mucha sangre en la tierra delante de mí. He aquí te nacerá un hijo, el cual será varón de paz, porque yo le daré paz de todos sus enemigos en derredor; por tanto, su nombre será Salomón [que significa: lleno de paz], y yo daré paz y reposo sobre Israel en sus días. El edificará casa a mi nombre [...] (1ª Crónicas 22:8—10).

Dios tenía otras prioridades para David: David había de construir el imperio, y había de edificar a su familia. Más adelante, su hijo Salomón construiría el templo.

¿Verdad que es difícil de aceptar que Dios diga «no» a nuestros sueños? Hacemos nuestros planes, nuestras intenciones son las más nobles, no vemos razón por la que Dios no los aprobaría, pero después esos planes no se llegan a realizar. Tal vez sean planes que tienen que ver con hallar una pareja cristiana y formar un hogar cristiano, con tener y criar hijos en la enseñanza y amonestación del Señor, o con lo que deseamos hacer con nuestras vidas; pero Dios no nos da su asentimiento. Muchos de mis sueños han sido frustrados; muchos de los suyos también lo han sido.

Debemos entender que cuando Dios dice «no», ello no significa que nos haya desamparado. Aun cuando Dios desecha nuestras peticiones, El no nos desecha a nosotros. Dios le dijo más adelante a David: «Cuanto a haber tenido en tu corazón edificar casa a mi nombre, bien has hecho en tener tal deseo» (1ª Reyes 8:18; énfasis nuestro).

En 2º Samuel 7 también se enseña que cuando Dios dice «no», a veces es porque Él estaba pensando en algo mejor. Después que Dios dijo a David lo que El haría por Israel, agregó: «Asimismo Jehová te hace saber que él te hará casa» (verso 11). Puede ser que en este pasaje haya un juego de palabras: «No me harás casa (un templo), pero Yo te haré casa (una dinastía)». A 2º Samuel 7.11-46 se le ha llamado «la cumbre ideológica» del Antiguo Testamento. Después que Dios le dijo a David que El establecería su dinastía, continuó diciendo:

Y cuando tus días sean cumplidos, y duermas con tus padres, yo levantaré después de ti a uno de tu linaje, el cual procederá de tus entrañas, y afirmaré su reino. El edificará casa a mi nombre, y yo afirmaré para siempre el trono de su reino. Yo le seré a él padre, y él me será a mi hijo. Y si él hiciera mal, yo le castigaré con vara de hombres, y con azotes de hijos de hombres; pero mi misericordia no se apartará de él como la aparté de Saúl, al cual quité de delante de ti. Y será afirmada tu casa y tu reino para siempre delante de tu rostro, y tu trono será estable eternamente (2ª Samuel 7:12—16).

Fueron dos promesas las que se le hicieron a David: 1) su hijo edificaría el templo, y 2) su dinastía se mantendría en pie para siempre. David entendió que la primera de estas dos promesas se refería a Salomón. El cumplimiento de la segunda promesa continuaría dándose aún después de los tiempos de Salomón, al reinar descendientes de David sobre el trono de Judá. Incluso cuando estos reyes no fueron lo que debían haber sido, Jehová continuó la dinastía «por amor a David».42 Al final, no obstante, la paciencia de Dios se agotó. El reino de Judá, que era el del sur, fue llevado cautivo a Babilonia. Ninguno del linaje de David se sentó más en el trono. Aun entonces, Dios no olvidó Su promesa. Inspiró a los profetas para que hablaran de Uno que vendría, del linaje de David, que se sentaría en el trono de David:

He aquí que vienen días, dice Jehová, en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra. En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado; y este será su nombre con el cual le llamarán: Jehová, justicia nuestra (Jeremías 23:5—6).

«Jesucristo el justo» (1ª Juan 2:1) fue el cumplimiento de esas profecías. Note que el evangelio según Mateo comienza diciendo: «Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David» (verso 1 énfasis nuestro). Como descendiente del rey -- David, Jesús vino a establecer un reino eterno, un reino espiritual que jamás sería destruido. Después de la resurrección de Jesús, El volvió a los cielos y se sentó

en el «trono de David».45 El rey Jesús está allí reinando sobre Su reino, la iglesia, aun hoy día.

Así, el autor de Hebreos indicó que las grandes promesas de 2ª Samuel 7 fueron al final cumplidas en el Cristo. El autor preguntó: «Porque ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: [...] Yo seré a él Padre, y él me será a mí hijo?» (Hebreos 1:5). En el contexto, la respuesta implícita es esta: «Dios no le dijo esto a ángel alguno, sino a Su Hijo Jesús». El autor inspirado estaba afirmando indirectamente que Salomón —y los demás reyes de Judá— eran un cumplimiento temporal y parcial de 2ª Samuel 7, ¡mientras que Jesús nuestro Señor y Maestro es el cumplimiento total y permanente!

Deténgase un momento y saboree lo que acabo de decir. David estaba pensando en un edificio corruptible hecho de madera y piedra que bendeciría únicamente a los que hicieran el viaje a Jerusalén. ¡Dios estaba pensando en un edificio eterno que bendeciría a millones durante siglos! Es cierto que cuando Dios dice «no» a nuestros sueños, a veces está pensando en algo mejor — infinitamente mejor de lo que podemos alguna vez imaginar.

Sin embargo, subrayemos el hecho de que una vez más David hizo planes sin consultar al Señor. Sus intenciones eran sinceras; era su deseo honrar al Señor. No obstante, no atinó a consultar primero al Soberano, y Dios dijo «no» a sus planes. El apóstol Pablo habló más adelante de los «que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia» (Romanos 10:2). Nuestras buenas intenciones deben ser siempre probadas por la revelación de Dios. Sea que estemos hablando acerca de la adoración o acerca de algún otro servicio para el Señor, las buenas intenciones por sí solas no son lo suficientemente buenas.

LA VERDADERA ADORACIÓN DA COMO RESULTADO UNA VIDA EN ARMONÍA CON DIOS (2ª S. 7:18—29; 1ª CR. 17:16—27; 22; 28)

Una razón por la que a David se le llamó «varón conforme al corazón de Dios» fue la manera como respondía a las reprensiones del Señor.

Si yo hubiera sido David, después de que Natán me dijera que no se me permitiría edificar el templo, no hubiera importado que el Señor estuviera pensando en algo mejor. Es probable que hubiera hecho dos cosas. Primero, me hubiera enfadado durante una o dos semanas. Note, en cambio, la respuesta de David: Después que Natán le dio el mensaje de Dios (2ª Samuel 7:17), «entró el rey David y se sentó delante de Jehová» (verso 18a; NASB). David entró en la tienda que había preparado para el arca y se sentó como un siervo en presencia de su amo.

En la conmovedora oración que sigue, David fue reverente, humilde y desinteresado. Diez veces se refirió a sí mismo como «tu siervo». David pidió en oración que todo lo que Dios había prometido se cumpliera, y que la grandeza del Señor se manifestara a todos. Note algunos de los pensamientos más sobresalientes de su oración:

Señor Jehová, ¿quién soy yo, y qué es mi casa [es decir, la casa de la cual vengo], para que tú me hayas traído hasta aquí [hasta el trono]? [...] ¿Y qué más puede añadir David hablando contigo? Pues tú conoces a tu siervo, Señor Jehová [...] Por tanto, tú te has engrandecido, Jehová Dios; por cuanto no hay como tú, ni hay Dios fuera de ti [...] Ahora pues, Jehová Dios, tú eres Dios, y tus palabras son verdad [fieles; NVI] porque tú, Jehová Dios, lo has dicho, y con tu bendición será bendita la casa de tu siervo para siempre (2ª Samuel 7:18,20,22,28— 29).

En segundo lugar, si yo hubiera estado en los zapatos de David, es probable que hubiera dicho: «Si no se me deja edificar el templo, me lavo las manos de todo el asunto. ¡Que Salomón se lleve el dolor de cabeza!». David, en cambio, pasó gran parte del resto de su vida haciendo preparativos para la construcción del templo.

Después [...] David [...] señaló [...] canteros que labrasen piedras para edificar la casa de Dios. Asimismo preparó David mucho hierro para la clavazón de las puertas, y para las juntas; y mucho bronce sin peso, y madera de cedro sin cuenta [...] Y dijo David: Salomón mi hijo es muchacho y de tierna edad, y la casa que se ha de edificar a Jehová ha de ser magnífica por excelencia, para renombre y honra en todas las tierras; ahora, pues, yo le prepararé lo necesario [...] (1ª Crónicas 22:2—5).

Dios bendijo a David y le envió Su Santo Espíritu para darle un trazado inspirado del templo.⁴⁹ Al final, David llamó a Salomón a él «y le mandó que edificase casa a Jehová Dios de Israel» (1ª Crónicas 22:6). Esto fue lo que le dijo a su hijo:

He aquí, yo con grandes esfuerzos he preparado para la casa de Jehová cien mil talentos de oro, y un millón de talentos de plata, y bronce y hierro sin medida, porque es mucho. Asimismo he preparado madera y piedra, a lo cual tú añadirás [...] Del oro, de la plata, del bronce y del hierro, no hay cuenta [...] (1ª Crónicas 22:14, 16).

¡Se ha calculado que el costo del templo alcanzó niveles astronómicos, que excedió los miles de millones de dólares!

Y David dio a Salomón su hijo el plano [...] de todas las cosas que tenía en mente [...] Todas estas cosas, dijo David, me fueron trazadas por la mano de Jehová, que me hizo entender todas las obras del diseño (1ª Crónicas 28:11—12, 19).

David no determinó los detalles del templo por sí mismo. Los planos que le dio a Salomón llegaron por inspiración.

Note por favor que la respuesta de David al mensaje del Señor consistió en olvidarse de sus deseos personales y someterse a la voluntad de Dios — ¡y en hacer todo lo anterior con una buena actitud! El deseo de David fue siempre acercarse más a Dios. De eso es que trata la adoración. Si adoramos a Dios con

una actitud buena, nuestro corazón y nuestra vida estarán después en mayor sintonía con la voluntad de Dios.

CONCLUSIÓN

Cuando Isaías vio al Señor «alto y sublime», él clamó:

¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos (Isaías 6:5).

¡Qué diferentes serían las cosas en nuestra adoración aun hoy día si pudiéramos entender que nos encontramos delante de la presencia de Dios, de que estamos en tierra santa!

Espero que se nos haya impresionado con la importancia de la adoración —sea esta la que damos en lo individual o la que damos colectivamente como pueblo de Dios. La adoración es la esencia de nuestra religión; es preciso que ocupe el lugar central de nuestras vidas.

El problema es que nosotros hacemos que la adoración se adapte a nuestras vidas: le dedicamos una hora aquí, y unos minutos allá. David no hizo que la adoración se adaptara a su vida; su vida giraba en torno a la adoración —pasaba el tiempo alabando y honrando a su Señor. Cuando su relación con Dios se deterioraba, él lo sabía —pues el eje de su vida había desaparecido. Por otro lado, cuando dedicamos a la adoración una hora de vez en cuando, cuando no nos tomamos el tiempo para adorar, tal conducta deja un hoyo tan diminuto en nuestro horario que muy pronto se cierra.

«Dios, nos presentamos delante de Ti como un pueblo que una y otra vez es incapaz de mostrarte la reverencia y el temor reverencial que mereces. No sabemos por qué continuas soportando nuestras flaquezas en la adoración, pero estamos agradecidos que lo hagas. Ahora, ayúdanos a sentir Tu presencia, a saber que estás cerca —para que podamos recibir una lección de humildad y llegar a ser más como Tú. Ayúdanos a salir de este servicio teniendo nuestros corazones en mayor sintonía con el Tuyo. En el nombre de Jesús. Amén.

cisnerosme@yahoo.com.mx <http://henrycis.net>